

✻  
CAPÍTULO  
1

Estaría en el pub, por supuesto. ¿Dónde más se guarecería un hombre inteligente en una tarde gélida y ventosa? En casa, al calor de su propia chimenea, seguro que no.

No. Tom Concannon era un hombre inteligente, pensó Maggie, y no estaría en casa.

Su padre estaría en el pub, entre amigos y pasándoselo bien. Era un hombre al que le encantaba reírse, llorar y planear sueños irrealizables. Algunos lo tachaban de tonto, pero Maggie no. Ella nunca.

A medida que tomaba la última curva del camino que conducía al pueblo de Kilmihil en su baqueteada camioneta, Maggie observó que no había ni un alma en la calle. Nada sorprendente, pues ya había pasado la hora de la comida y no era un día como para darse un paseo, con el invierno entrando desde el Atlántico como un can de un Hades congelado. La costa oeste de Irlanda tiritaba bajo su influjo y soñaba con la primavera.

Vio el destartalado Fiat de su padre, entre otros coches que reconoció, frente al pub de Tim O'Malley, que estaba bastante concurrido. Aparcó tan cerca como pudo de la entrada, que se encontraba entre varias tiendas.

Mientras caminaba calle abajo el viento la golpeó por la espalda, haciéndola arrebujarse en su chaqueta y calarse bien la gorra de lana negra. Una ráfaga de color apareció en sus mejillas, como un rubor. Bajo el frío se percibía un aroma a humedad, como una amenaza. «Helará antes del anochecer», pensó la hija del granjero.

No podía recordar un enero más amargo o uno que hubiera azotado tanto el condado de Clare con su infernal soplo helado. El pequeño jardín situado delante del pub, que atravesó a toda prisa, había sufrido sus estragos. Lo que quedaba de él lo había arrancado el viento y yacía congelado sobre un barrizal.

Le dio pena, pero las noticias que llevaba eran tan estupendas que se preguntó por qué las flores no estallaban anunciando la primavera.

Dentro del pub hacía bastante calor. Sintió la calidez en cuanto abrió la puerta. Notó el olor de los tizones que se quemaban en la chimenea y crujían alegremente, y el del guiso que la esposa de O'Malley, Deirdre, había servido en la comida. También se percibía el olor a tabaco y cerveza y ese suave aroma que dejan en el ambiente las patatas fritas.

Primero vio a Murphy, que estaba sentado en una de las mesitas, con las piernas, enfundadas en botas, extendidas, y entonaba una melodía en un acordeón irlandés que acompañaba perfectamente la dulzura de su voz. Los otros clientes del pub escuchaban al tiempo que soñaban un poco sobre sus cervezas. La canción era triste, como las mejores de Irlanda, melancólica y hermosa como las lágrimas de un amante. Era una canción que llevaba su nombre y hablaba sobre envejecer.

Murphy la vio y le sonrió ligeramente. Un mechón de pelo negro le cayó desordenadamente sobre la ceja, lo que hizo que moviera la cabeza para apartárselo del ojo. Tim O'Malley estaba de pie detrás de la barra. Era un hombre parecido a un

tonel cuyo delantal a duras penas lo abarcaba. Tenía la cara ancha y llena de pliegues, que hacían que los ojos desaparecieran cuando se reía.

Estaba secando vasos. Cuando vio a Maggie, continuó con su tarea. Sabía que ella procedería educadamente y esperaría a que la canción terminara antes de pedir algo.

Maggie vio a David Ryan, que estaba pegado a un cigarrillo norteamericano, de los que su hermano le enviaba cada mes desde Boston, y a la pulcra señora Logan, que tejía con lana rosa mientras llevaba el ritmo de la canción con un pie. También se encontraba allí el viejo Johnny Conroy, con una sonrisa desdentada en el rostro y agarrado de la mano de la mujer con la que se había casado hacía cincuenta años. Estaban sentados muy juntos, como una pareja de recién casados, absortos en la canción de Murphy.

La televisión que había sobre la barra estaba sin volumen, pero la imagen era brillante y ofrecía una telenovela británica. Gente vestida con elegancia y con el cabello reluciente discutía alrededor de una mesa enorme iluminada con elegantes candelabros de plata y cristal. La fastuosa historia que contaba parecía estar situada a más de un país de distancia del pequeño pub donde se encontraba la tele, con su resquebrajada barra y sus paredes ahumadas.

El desprecio que sintió Maggie por esos atildados personajes en su lujosa habitación fue inmediato y automático, como un espasmo muscular. También lo fue el sentimiento de envidia.

Si alguna vez llegaba a tener tanto dinero, pensó, aunque, por supuesto, la traía sin cuidado, con certeza sabría qué hacer con él.

Entonces él la vio. Estaba solo, sentado en una esquina. No estaba apartado del todo, sólo tanto como lo estaba la silla en la que descansaba. Tenía un brazo colgando sobre el res-

paldo, mientras con la mano del otro sostenía una taza, que ella sabía que contenía té cargado mezclado con un chorro de licor.

Era un hombre impredecible, lleno de arranques, paradas y curvas rápidas, pero ella lo conocía. De todos los hombres que había conocido, a ninguno había amado tanto como a Tom Concannon.

Ella no dijo nada; simplemente se dirigió hacia él, se sentó a su lado y puso la cabeza sobre su hombro.

Su amor por él creció en ella como un fuego que calentaba hasta los huesos pero sin quemar. El hombre sacó el brazo de detrás de la silla, la abrazó, atrayéndola hacia sí, y le dio un ligero beso en la sien.

Cuando terminó la canción, ella tomó la mano de él entre las suyas y la besó.

—Sabía que te encontraría aquí —le dijo.

—¿Cómo sabías que estaba pensando en ti, Maggie, mi amor?

—Debe de ser porque yo estaba pensando en ti —respondió mientras levantaba la cabeza para sonreírle.

Era un hombre pequeño pero de complexión fuerte. Como un toro enano, como solía referirse a sí mismo con una de sus carcajadas. Cuando se reía y las arrugas de sus ojos se acentuaban, Maggie lo encontraba aún más guapo. Su pelo había sido rojo y abundante en el pasado, pero con los años se había vuelto fino y los mechones grises aparecían entre el fuego como humo. Sin embargo, para Maggie era el hombre más atractivo del mundo.

Era su padre.

—Papá —dijo—, tengo noticias.

—Ya lo sé, lo veo en tu cara.

Con un guiño, Tom le quitó la gorra para que su cabello intensamente rojo le cayera sobre los hombros. Siempre le ha-

bía gustado observarlo centellear. Todavía recordaba cuando la levantó en brazos por primera vez, colmada con el ímpetu de la vida, sacudiendo sus pequeños puños frenéticamente. Y su cabello resplandeciendo como una moneda nueva.

No se sintió decepcionado por no haber tenido un hijo. Recibir el don de una hija lo llenó de humildad.

—Tim, tráele un trago a mi niña.

—Tomaré un té, Tim. Hace un frío endiablado. —Y ahora que estaba allí quería tener el placer de postergar las noticias, saborear la dilación—. ¿Por eso estás aquí cantando y bebendo, Murphy? ¿Quién está calentando a tus vacas?

—Ellas mismas —contestó—. Y si el tiempo sigue así, en primavera tendré más terneros de los que pueda cuidar, pues el ganado hace lo mismo que el resto del mundo en una larga noche de invierno.

—Sí, claro, sentarse con un buen libro junto a la chimenea, ¿no es cierto? —dijo Maggie, y todos en el local se rieron. No era un secreto, aunque lo abochornaba un poco, el bien conocido amor de Murphy por la lectura.

—He tratado de inculcarles el amor por la literatura, pero esas vacas prefieren ver la televisión —dijo tamborileando con los dedos sobre su vaso vacío—, y por eso he venido aquí, para buscar un poco de silencio. ¿Qué pasa con tu horno, que ruge como el trueno día y noche? ¿Por qué no estás en casa jugando con el vidrio?

—Papá —le dijo Maggie a su padre cuando Murphy se levantó para dirigirse a la barra, tomando nuevamente su mano entre las suyas—, necesitaba contártelo a ti primero. ¿Sabías que esta mañana he llevado unas piezas a la tienda McGuinness, en Ennis? ¿Lo sabías?

Él sacó su pipa y le dio un golpecito.

—Debiste decirme que ibas a ir; te habría acompañado.

—Quería ir sola.

—Mi pequeña ermitaña —dijo, y le apretó ligeramente la nariz.

—Papá, las han comprado. —Sus ojos, tan verdes como los de su padre, brillaron—. Me han comprado cuatro piezas y me han pagado ahí mismo.

—¡No me digas, Maggie, no puede ser! —Se levantó y la arrastró con él mientras gritaba—: ¡Damas y caballeros, escuchen esto: mi Margaret Mary ha vendido su vidrio en Ennis!

Todos aplaudieron espontáneamente y llovieron preguntas sobre Maggie.

—En McGuinness —dijo, tratando de contestarles a todos—, cuatro piezas, pero quieren más. Dos jarrones, un tazón y un... Supongo que puede decirse que es un pisapapeles. —No pudo sino reírse cuando Tim les ofreció a ella y a su padre un whisky—. ¡Está bien! —Levantó su vaso y brindó—: Por Tom Concannon, que creyó en mí.

—No, no, Maggie. —Su padre negó con la cabeza y los ojos se le llenaron de lágrimas—. Por ti, todo por ti. —Chocaron los vasos y bebió el licor de un solo trago—. ¡Haz que suene ese acordeón, Murphy, que quiero bailar con mi hija!

Murphy lo complació y empezó a tocar. Tom sacó a bailar a su hija mientras todos lo animaban y aplaudían. Deirdre salió de la cocina limpiándose las manos en el delantal; tenía la cara encendida de cocinar, y sacó a bailar a su esposo. Al compás del baile y la música folclórica, Maggie pasó de pareja en pareja hasta que le dolieron las piernas.

Y a medida que otras personas fueron llegando al pub, ya fuera atraídas por la música o por la posibilidad de tener compañía, las noticias fueron corriendo. Maggie sabía que al anochecer todo el mundo a veinte kilómetros a la redonda las habría oído.

Era el tipo de fama que esperaba. Su secreto era que deseaba más.

—Ya basta —dijo entonces mientras se hundía en la silla y bebía su té frío—. Tengo el corazón a punto de explotar.

—Igual que yo, de orgullo por ti. —La sonrisa de Tom seguía siendo amplia, pero sus ojos se empañaron un poco—. Debemos contárselo a tu madre y a tu hermana.

—Se lo contaré a Brianna esta noche —replicó, pero el ánimo de Maggie se ensombreció con la mención de su madre.

—Está bien. —Tom cogió la mano de su hija y la acarició suavemente con su mejilla—. Hoy es tu día, Maggie Mae, y nada te lo va a estropear.

—No, es nuestro día. No habría soplado mi primera burbuja de vidrio de no haber sido por ti.

—Entonces durante un momento lo compartiremos sólo los dos. —Se sintió sofocado, con un poco de mareo y calor. Durante un instante oyó un golpecito dentro de su cabeza. Necesitaba aire, pensó—. Tengo ganas de dar un paseo. Quiero oler el mar, Maggie. ¿Me acompañas?

—Por supuesto que sí —dijo ella al tiempo que se levantaba—, pero está helando y el viento es espantoso. ¿Estás seguro de que quieres ir al acantilado?

—Lo necesito. —Se puso el abrigo y se enrolló una bufanda alrededor del cuello. Sentía que los colores oscuros y ahumados del pub le daban vueltas en los ojos. Pensó que estaba un poco pasado de copas, pero ése era el día para estarlo. Antes de salir les dijo a los presentes—: Mañana por la noche daremos una fiesta. Con buena comida, bebida y música, para celebrar el éxito de mi hija. Espero a todos mis amigos en casa.

Maggie aguardó a estar fuera para decirle a su padre:

—¿Una fiesta? Papá, sabes que ella no querrá hacer una fiesta.

—Todavía sigo siendo el que manda en mi propia casa. —Su barbilla, tan parecida a la de su hija, se estremeció un poco—. Habrá fiesta, y yo lidiaré con tu madre. ¿Conduces tú?

—Está bien.

No había lugar a discusiones una vez que Tom Concanon había tomado una decisión; Maggie lo sabía y se sentía agradecida por ello. De no haber sido así, ella no habría podido ir a Venecia y trabajar como aprendiz en un taller de vidrieros. Tampoco habría podido construir su estudio gracias a lo que había aprendido, ni hacer realidad lo que soñaba. Sabía que su madre le había hecho pagar caro a Tom el dinero que había costado, pero él se había mantenido firme.

—Cuéntame en qué estás trabajando ahora.

—Es una especie de botella que quiero que sea muy alta y delgada. Que vaya ampliándose de abajo hacia arriba para que la boca se abra como un lirio. Y el color debe ser muy delicado, como un albaricoque por dentro.

Maggie podía verla tan claramente como veía la mano con la que la describía.

—Son muy bellas las imágenes que tienes en la cabeza —comentó su padre.

—Es fácil verlas así —dijo con una sonrisa—, lo difícil es hacerlas realidad.

—Tú las harás realidad. —Le dio un golpecito en la mano y guardó silencio.

Maggie tomó el tortuoso y angosto camino que conducía hacia el mar. Lejos, hacia el oeste, las nubes que flotaban en el cielo se veían fustigadas por el viento y oscurecidas por la tormenta. Los retazos claros eran absorbidos por la oscuridad, pero luchaban por brillar nuevamente entre el peltre.

De repente se imaginó una vasija, ancha y profunda, en la que se arremolinaban los colores, y empezó a fantasear con ella.

El camino dio un giro y luego siguió recto. A un lado y otro de la carretera se alineaban árboles quemados por el invierno que eran más altos que un hombre. En un margen del camino se encontraba un altar dedicado a la Virgen que seña-

laba la entrada a un pueblo. La Virgen tenía una expresión serena y los brazos abiertos en señal de bienvenida; a sus pies había unas ridículas flores de plástico.

Un suspiro de su padre hizo que Maggie se volviera a mirarlo. Lo vio un poco pálido y ojeroso.

—Pareces cansado, papá. ¿Estás seguro de que no quieres que te lleve a casa?

—No, no. —Sacó su pipa y la golpeó contra la palma de la mano con aire ausente—. Quiero ver el mar. Se está formando una tormenta, así que veremos un gran espectáculo desde los acantilados de Loop Head, Maggie Mae.

—Seguro que sí.

Al dejar atrás el pueblo el camino se hizo angustiosamente estrecho, tanto que pasaron con la camioneta como si estuvieran enhebrando algodón en una aguja. Un hombre muy abrigado para protegerse del frío caminaba con dificultad hacia ellos con un perro que lo seguía estoicamente. Ambos se pararon a la vera del camino para dejar pasar la camioneta, que a punto estuvo de pisarle los pies. El hombre saludó a Maggie y a Tom a su paso con una inclinación de cabeza.

—¿Sabes, papá? He estado pensando que si pudiera vender unas pocas piezas más, podría tener otro horno. Quiero trabajar con más colores. Si pudiera construir otro horno, podría hacer más mezclas. Los ladrillos refractarios no son caros. Pero necesito más de doscientos.

—Yo puedo ayudarte con algo.

—No, otra vez no. —Maggie habló con firmeza—. Te agradezo que quieras ayudarme, pero voy a hacer esto por mi cuenta.

Tom se sintió ofendido y frunció el ceño.

—¿Para qué sirve un padre si no es para dar a sus hijos lo que necesitan? Tú no quieres ropa elegante ni cosas bonitas, sino ladrillos refractarios; entonces, ladrillos tendrás.